Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Consideraciones

Audiencia General - Renuncia del papa Benedicto XVI

Gratitud por el ministerio

27 de febrero de 2013

Venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, distinguidas autoridades, queridos hermanos y hermanas:

Os doy las gracias por haber venido, y en tan gran número, a esta que es mi última Audiencia general. Gracias de corazón. Estoy verdaderamente conmovido y veo que la Iglesia está viva. Y pienso que debemos dar gracias también al Creador por el buen tiempo que nos está regalando, todavía en invierno.

Como el apóstol Pablo en el texto bíblico que hemos escuchado, también yo siento en mi corazón que debo dar gracias, sobre todo a Dios, que guía y hace crecer a la Iglesia, que siembra su Palabra y alimenta así la fe en su Pueblo. En este momento, mi alma se ensancha y abraza a toda la Iglesia esparcida por el mundo; y doy gracias a Dios por las ”noticias” que en estos años de ministerio petrino he recibido sobre la fe en el Señor Jesucristo, sobre la caridad que verdaderamente circula por el Cuerpo de la Iglesia y lo hace vivir en el amor, y sobre la esperanza que nos abre y nos orienta hacia la vida en plenitud, hacia la patria celestial.

Siento que os llevo a todos en la oración, en un presente que es el de Dios, en el que recojo cada

confianza firme en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en las dificultades. Me gustaría que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha entregado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites. Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano. En una bella oración matinal para recitar a diario se dice: ”Te adoro, Dios mío, y te amo con todo el corazón. Te doy gracias porque me has creado, hecho cristiano...”. Sí, alegrémonos por el don de la fe; es el bien más precioso, y nadie nos lo puede arrebatar. Demos gracias al Señor por ello cada día, con la oración y con una vida cristiana coherente. Dios nos ama, pero espera que nosotros también lo amemos.

Pero no es solo a Dios a quien quiero dar las gracias en este momento. Un papa no guía él solo la barca de Pedro, aunque esta sea su principal responsabilidad. Yo nunca me he sentido solo al llevar la alegría y el peso del ministerio petrino; el Señor me ha puesto cerca a muchas personas que, con generosidad y amor a Dios y a la Iglesia, me han ayudado y han estado cerca de mí. Ante todo vosotros, queridos hermanos cardenales: vuestra sabiduría, vuestros consejos y vuestra amistad han sido valiosos para mí; mis colaboradores, empezando por mi Secretario de Estado, que me ha acompañado fielmente en estos años; la Secretaría de Estado y toda la Curia Romana; así como todos aquellos que, en distintos ámbitos, prestan su servicio a la Santa Sede. Se trata de muchos rostros que no aparecen, que permanecen en la sombra, pero precisamente en el silencio, en la entrega cotidiana, con espíritu de fe y humildad, han sido para mí un apoyo seguro y fiable. Un recuerdo especial para la Iglesia de Roma, mi diócesis. No puedo olvidar a los hermanos en el episcopado y en el presbiterado, a las personas consagradas y a todo el Pueblo de Dios: en las visitas pastorales, en los encuentros, en las audiencias, en los viajes, siempre he percibido una gran amabilidad y un profundo afecto. Pero también yo os he querido a todos y cada uno, sin distinciones, con esa caridad pastoral que es el corazón de todo pastor, sobre todo del obispo de Roma, del sucesor del apóstol Pedro. Diariamente os he llevado a cada uno de vosotros en la oración, con el corazón de un padre.

Desearía que mi saludo y mi agradecimiento llegara a todos: el corazón de un papa se extiende por el mundo entero. Y querría expresar mi gratitud al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, que hace presente a la gran familia de las naciones. Aquí pienso también en cuantos trabajan por una

mente a todos, a toda la Iglesia; en su vida, por así decirlo, queda eliminada la dimensión privada. He podido experimentar, y lo experimento precisamente ahora, que uno recibe la vida justamente cuando la da. Antes he dicho que muchas personas que aman al Señor aman también al sucesor de san Pedro y le tienen un gran cariño, que el papa tiene verdaderamente hermanos y hermanas, hijos e hijas en todo el mundo, y que se siente seguro en el abrazo de vuestra comunión; porque ya no se pertenece a sí mismo, pertenece a todos y todos le pertenecen.

El ”siempre” es también un ”para siempre”; ya no hay opción para volver a lo privado. Mi decisión de renunciar al ejercicio activo del ministerio no revoca eso. No vuelvo a la vida privada, a una vida de viajes, encuentros, recepciones, conferencias, etcétera. No abandono la cruz, sino que permanezco junto al Señor Crucificado de una manera distinta. Ya no tengo la potestad del oficio de gobernar la Iglesia, pero en el servicio de la oración permanezco, por así decirlo, en el recinto de san Pedro. San Benito, cuyo nombre llevo como papa, será un gran ejemplo para mí en esto. Él nos mostró el camino hacia una vida que, activa o pasiva, pertenece totalmente a la obra de Dios.

Doy también las gracias a todos y cada uno por el respeto y la comprensión con los que habéis acogido esta decisión tan importante. Continuaré acompañando el camino de la Iglesia con la oración y la reflexión, con la entrega al Señor y a su Esposa, que hasta ahora he tratado de vivir cada día y quisiera vivir siempre. Os pido que me recordéis ante Dios, y sobre todo que recéis por los cardenales, llamados a una tarea tan relevante, y por el nuevo sucesor del apóstol Pedro: que el Señor le acompañe con la luz y la fuerza de su Espíritu.

Invoquemos la intercesión maternal de la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, para que nos acompañe a cada uno de nosotros y a toda la comunidad eclesial; nos encomendamos a ella con profunda confianza.

Queridos amigos, Dios guía a su Iglesia, la sostiene siempre, también y sobre todo en los momentos difíciles. No perdamos nunca esta visión de fe, que es la única visión verdadera del camino de la Iglesia y del mundo. Que en nuestro corazón, en el corazón de cada uno de vosotros, esté siempre la gozosa certeza de que el Señor está a nuestro lado, no nos abandona, está cerca de nosotros y nos envuelve con